

muy inclinado á la guerra, al grado que en tiempo de paz no estaba contento. No fué el valor la única de las cualidades que lo distinguieron, pues fuera de la guerra, se ocupó tambien en hermostear la ciudad con magníficos edificios que la engrandecieron, y desde entónces fué en América la mas grande y mas bella ciudad. Este rey, al recibir los tributos de los pueblos conquistados, los repartia entre sus mas pobres súbditos; y tambien premiaba á los que se distinguian en el campo de batalla, y á todos los que le servian con fidelidad. Nunca faltaba en el palacio la música y algunas otras cosas con que el monarca se divertía gran parte del tiempo, hasta el grado de faltar á sus deberes; fué muy inclinado al amor de las mugeres, y aun en esto siguió la costumbre de sus antepasados, que segun era su mayor ó menor autoridad, así aumentaba ó disminuía el número de mugeres, y como Ahuitzotl extendió muchísimo los límites de su imperio, facil es comprender que su serrallo debió tener muchas mugeres, con quienes sucesivamente se casó. Fuera de los caracteres de este rey, de que hemos hablado, era tambien caprichoso, amante de la venganza y algunas veces cruel.

CAPITULO VI.

GÓBIERNO DE MOCTHEUZOMA II, XOCOYOTZINT, NOVENO REY DE MEXICO.

ELECCION DE MOCTHEUZOMA.

No quedando hermanos del difunto rey Ahuitzotl, llamaba la ley á suceder á los sobrinos, de entre los

que debia nombrarse el nuevo monarca. Sin embargo de que en este último caso se hallaban muchos, los electores consideraron el mejor á Moctheuzoma II, el hijo de Axayacatl, que era general del ejército, Sumo sacerdote, y gozaba entre los mexicanos de muy buen aprecio. Cuando supo su eleccion, se retiró del templo, dando á entender que no se consideraba digno de tal honor; pero de allí fué llevado con gran acompañamiento á tomar posesion del trono, lo que se hizo con muchas fiestas, á las que asistieron los reyes aliados, distinguiéndose entre todos Netzahualpilli, por haber dirigido al nuevo rey una arenga gratulatoria, que alguna vez ha sido citada por los maestros del arte, como modelo, lo que demuestra que aquel príncipe cultivaba la Oratoria. El acto de la coronacion no se hizo sino previa campaña que Moctheuzoma emprendió para traer víctimas que sacrificar, siendo esta vez la ciudad de Atlixco á la que tocó dar este gravoso contingente de sangre. Principió su gobierno Moctheuzoma, premiando á un antiguo gefe militar que habia prestado á la nacion muchos y muy importantes servicios, pero no tardó mucho en dar á conocer la gran ambicion que tenia, y que hasta entonces habia sabido ocultar ante todos. Se convirtió en un déspota, privó á todos los plebeyos de los empleos que ocupaban y les dió á los nobles, llenando su palacio de esta clase de gente que le hacia la corte, tuvo un serrallo que contenia gran cantidad de mugeres, cuidadas por matronas, para él y su servidumbre. Nadie podia entrar á sus habitaciones sin haberse descalzado antes, debian hacer tres reverencias al acercarsele, hablar en voz baja, con la cabeza inclinada, sin que él se ocupara de dar respuesta, sino por conducto

de sus ministros. La comida se servia por trescientas ó cuatrocientas jóvenes, y para impedir que las viandas, se enfriaran tenian los platos un bracerito: el rey con una varita señalaba las que le agradaban, y en seguida las demas eran llevadas á otra parte, encerrándose el rey á comer servido por sus principales ministros, cuatro mugeres y el mayordomo de palacio. En la comida nunca usaba dos veces una misma vasija, sino que las regalaba á los nobles despues de haberse servido de ellas la primera vez. Cuando salia á la calle era en una litera, sobre los hombros de personas nobles, acompañándolo siempre muchos servidores; al pasar frente á cualquiera de sus súbditos, debian éstos cerrar los ojos, como indignos de verle, y si en alguna parte bajaba de la litera, debia ser para pisar sobre alfombras. Diariamente daba audiencia á sus súbditos, oyendo atentamente sus quejas, alentando á los que no podian expresarse francamente; pero nunca les daba contestacion, sino por medio de sus secretarios, ni les permitia que al retirarse le diesen la espalda. Sus palacios, casas de campo, quintas, bosques y jardines correspondian á la pompa y magnificencia que usaba en todo. El edificio en que habitaba era espacioso, dividido en tres grandes patios, con muchas habitaciones, entre ellas una tan extensa, que podian caber tres mil personas; lo mismo que toda la ciudad, se conservaba con suma limpieza, empleando diariamente gran cantidad de hombres con este objeto, y contenia varios departamentos destinados á personajes notables del extranjero, principalmente á los reyes aliados. Habia hecho reunir y mantener en su palacio á todos los hombres que por el color del pelo, del cútis ó por alguna defermi-

dad podian considerarse como notabilidades. Tenia tambien dos casas destinadas para conservar todos los animales; en una se hallaban las fieras y aves de rapiña; y en la otra las aves que no eran de rapiña. A cada uno de estos animales se le alimentaba con lo que comeria en estado de libertad: y acerca de esto refiere el conquistador que habia trescientos hombres que se ocupaban de cuidar las aves, fuera de los médicos que atendian á sus enfermedades. Moctheuzoma fué muy celoso por la religion, edificó templos, cuidó de que sus mandatos fueran fielmente ejecutados; procuró en cuanto pudo evitar la venalidad de los jueces; enemigo del ocio; mantenia en constante trabajo á todos, ocupando aun á les mendigos; pero la opresion que hacia sufrir á sus pueblos, su orgullo, la severidad con que castigaba las mas ligeras faltas, y las grandes contribuciones que exigia para conservar su lujo y magnificencia, produjeron en el pueblo muy serios disgustos. Es verdad que hasta cierto punto hacia olvidar sus defectos por su generosidad al socorrer á los menesterosos y por la profusion con que recompensaba á sus servidores. Honra mucho á este monarca el hecho de haber convertido la ciudad de Colhuacan en un hospital público, en donde de cuenta del erario nacional eran curados y diligentemente asistidos todos los que habian recibido alguna enfermedad en servicio de la patria.

TLAXCALA.

En medio de tantos pueblos, semetidos á los Mexicanos, esta república conservó siempre su independencia. Celosos de ella los vecinos de Huexotzingo,

hicieron constantes quejas contra ella ante el rey de México, que aunque injustas, produjeron con el tiempo una guerra. Una vez mandaron los Tlaxcaltecas una comision para manifestar lo infundado que era todo lo que los Huexontzinguos afirmaban, pero los Mexicanos lejos de oírlos, exigieron que en adelante pagasen tributo ó se prepararan para la guerra. Los embajadores de la republica dieron esta contestacion: "Poderosísimos señores: los Tlaxcaltecas no os deben tributo alguno, ni lo han pagado jamas á ningun príncipe, desde que mis antepasados salieron de los países septentrionales para habitar estas regiones. Siempre han vivido en el goce de su libertad; y no estando acostumbrados á esa esclavitud á que pretendéis reducirlos, lejos de ceder á vuestro poderío, deramarán mas sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Poyauhtlan." La república ratificó lo que habian dicho sus emisarios, é hizo varios preparativos para la guerra, fortificando sus ciudades, aumentando las guarniciones y construyendo una muralla de dos leguas de largo, que los españoles conocieron y admiraron, y que defendía á la ciudad por el lado del Oriente. Durante el gobierno de los reyes anteriores á Mochtezuma, no fueron muy notables las guerras; pero en tiempo de éste se dió orden á los Huexontzinguos para levantar un ejército que invadiera el territorio tlaxcalteca. Penetraron en efecto hasta muy cerca de la capital, y en un combate que se les dió, pereció un famoso general de la república; pero no considerándose los Huexontzinguos con las suficientes fuerzas para resistir otro ataque, que ya preparaban los enemigos, se retiraron á sus ciudades y pidieron auxilio á los Mexicanos. Un ejército manda-

do por el hijo primogénito del rey fué á reunírseles, y en seguida marcharon á Atlixco; pero se les atacó tan diestramente, que fueron vencidos, quedando muerto en el campo de batalla el hijo de Mochtezuma. A pesar de todo esto, los Mexicanos no concluyeron con aquella terrible rival, no por falta de elementos para vencerla, sino, segun dice el padre Clavigero, para tener frecuentes ocasiones de ejercitar sus tropas, y sobre todo, para tener de donde sacar prisioneros que sacrificar.

TLAHUICOLE.

Éra este un célebre general tlaxcalteca, hecho prisionero por los Mexicanos, á quien no habian dado muerte por respeto á sus virtudes, y que reusó la libertad que Mochtezuma le concedia. Todos los esfuerzos que el rey hizo para libertarlo fueron inútiles, y aunque les prestó grandes servicios en una guerra contra los Michoacanos, no quiso aceptar el título de general del ejército mexicano, que se le ofreció, manifestando que no haria traicion á su patria, y que lo que deseaba era morir en el sacrificio gladiatorio, insistiendo tanto en este punto, que Mochtezuma al fin se lo concedió. Atado de un pié á una gran piedra peleó hasta recibir la muerte, habiendo él dádola á ocho y herido á veinte.

REVUELTAS.

Los Mixtecas y Zapotecas se rebelaron contra la corona de México, teniendo por gefes á los gobernadores de las provincias vecinas, y al pronunciarse dieron muerte á los soldados mexicanos que habia en Huag-

yacac [Oaxaca]; pero un ejército de las tres naciones aliadas, mandado por Cuitlahuac, hermano de Moctheuzoma, venció á los rebeldes, hizo muchos prisioneros, entre los que se hallaba uno de los principales gefes, y los sacrificó.

En este tiempo hubo tambien una cuestion entre los Huexontzings y Cholultecas, pueblos amigos y vecinos, que les hizo armarse los unos contra los otros, y en la batalla que se dió, fueron derrotados los Cholultecas; pero temerosos los vencedores del castigo que les esperaba, dispusieron enviar una comision á México con objeto de disculparse. Al hacerlo, exageraron de tal manera las pérdidas de sus enemigos, que Moctheuzoma comprendió que Cholula habia sido completamente destruida, y dispuso enviar algunas personas, que, yendo á examinarlo que habia ocurrido, le informaran lo que habia de cierto; y cuando estos volvieron y supo que los Cholultecas solo habian sido derrotados, se encolerizó mucho contra los que exagerando los hechos, le habian engañado; por lo que resolvió mandar un ejército que se ocupara de castigar á los Huexontzings. Se humillaron éstos ante las tropas reales, y entregaron á los embajadores, únicos culpables, á quienes se les cortó las orejas y las narices, que era el castigo determinado para el delito de engaño, y así concluyó la guerra. Atlixco se pronunció tambien, pero fué vencida, y sacrificados sus prisioneros en una fiesta del año de 1506.

PRESAGIOS DE LA VENIDA DE LOS ESPAÑOLES.

En 1507 emprendieron los Mexicanos una nueva expedicion á la Mixteca, pero los enemigos huyeron

á los bosques y solo se hicieron muy pocos prisioneros. De allí pasaron á Cuauhquechollan, que tambien se habia sublevado; y aunque vencieron á los rebeldes, fué con pérdidas considerables de su parte. Al siguiente año el ejército de las tres naciones aliadas salió contra la provincia de Amatlan, pero al pasar por una alta montaña, cayó una fuerte nevada, que hizo muchos estragos en el ejército, que estaba impuesto á gozar del templado clima de la capital y sus cercanías. La parte de ejército que sobrevivió no fué para volver á México, sino para perder la vida en el campo de batalla. Estas desgracias y la aparicion de un gran cometa consternaron á aquellos pueblos demasiado superticiosos, al grado de que Moctheuzoma reunió á los astrólogos para consultarles; pero no habiendo estos dado una respuesta satisfactoria, se dirigió al rey de Acolhuacan, que era muy dedicado á la adivinacion. Netzahualpilli y Moctheuzoma no conservaban en este tiempo la amistad y franqueza de sus antecesores, pues el segundo se hallaba sentido porque el primero, sin embargo de su intercesion, habia mandado dar muerte á un hijo suyo por inmoral; sin embargo la desgracia volvió á unirlos estrechamente, y el rey de México excitó al de Acolhuacan á que pasara á su corte para tratar sobre negocios que importaban á ambos. [1] “Condecendió con sus ruegos el rey de Acolhuacan; y despues de haber discurrido largo tiempo con Moctheuzoma, fué de opinion, segun dicen los historiadores, que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquel reino, de resultas de la llegada de gentes estrañas.” Esta y otras cosas que se refieren en las historias pa-

[1] Clavigero

ra demostrar que los Mexicanos sabian que debian llegar algunas gentes á destruir su imperio, no sabemos el crédito que debe dárselos; y pasamos á referir otros sucesos, porque estos nos parecen inverosímiles, ó mas bien fabulosos, como tambien lo que se cuenta de la princesa Papantzin.

NUEVAS EXPEDICIONES.

El miedo de que se hallaba poseido Moctheuzoma, no le hizo abandonar sus empresas guerreras, y en el año de 1508, se hizo la guerra á los Huexontzingos, Atlixco y otros pueblos, de los que se tomaron mas de cincuenta mil prisioneros, que como todos los de su clase, fueron sacrificados en la capital. En 1510, pareciendo al rey que la piedra del altar en que eran inmoladas las víctimas humanas era muy pequeña, determinó usar de otra de mayores dimensiones, y en efecto así se hizo, empleando en ello muchísima gente, aunque en el tránsito sucedió que, al pasar por sobre un puente, el enorme peso de la piedra, hizo que se cayera y perecieran muchas personas, entre ellas el sumo sacerdote que á la vez la incensaba. Sin embargo de esto la piedra fué llevada, y se hizo una gran funcion en la que comenzó á usársele en el oficio á que se le destinaba. En 1511 la guerra fué contra los Xopes que se rebelaron, y en los cuatro años siguientes, continuaron los soldados mexicanos obteniendo victorias y ensanchando el territorio del imperio. Era este muy extenso, pero en esta época las provincias todas se hallaban justamente indignadas; principalmente porque con mucha frecuencia eran invadidas, acaso sin otro objeto que el de buscar víctimas para los sacrificios.

MUERTE DE NETZAHUALPILLI.

Despues de haber reinado este príncipe por espacio de cuarenta y cinco años, cansado tal vez de gobernar tanto tiempo, dejó el trono á dos de sus hijos, y él se retiró á vivir, en union de su esposa favorita la princesa mexicana Xocotzin, á una casa de campo que tenia en Texconzingo, encargando que no turbasen su retiro, sino que él mandaria sus últimas disposiciones. Allí su ocupacion principal era el estudio de la naturaleza, dedicándose especialmente á la astronomía, que fué en lo que mas sobresalió, hasta que á los seis meses volvió á palacio, se separó de su esposa y se encerró en una habitacion, en la que no permitia ser visto sino por muy pocos servidores. Se ignora qué dia y con qué circunstancias murió, sabiéndose unicamente que fué el año de 1516.

Lo mismo que su padre despreció el culto de los ídolos, y fué mas severo en la aplicacion de las leyes, particularmente en materia de inmoralidad. Habia prohibido bajo pena de muerte, hablar palabras obscenas en el palacio, y como un hijo suyo, el mas querido, quebrantara esta disposicion, le mandó aprehender y en seguida pronunció en su contra la fatal sentencia de muerte. Ni las súplicas de la corte entera, ni los ruegos de Moctheuzoma, ni las lágrimas de su muy querida Xocotzin, madre del desgraciado príncipe, pudieron hacerlo cambiar de parecer; á todos contestó: "Mi hijo ha violado la ley: si le perdono, se dirá que las leyes no son para todos. Sepan, pues, mis súbditos que á ninguno de ellos será perdonada la trasgresion, puesto que la castigo en el hijo que mas amo." Y

aunque los ejecutores de la sentencia quisieron retardar su cumplimiento, y aun eludirla, todo fué en vano: Netzahualpilli hizo dar muerte á su hijo, y en seguida se encerró por cuarenta dias, sin dejarse ver de nadie, para llorar su pérdida, é hizo cerrar todas las puertas de la habitacion del príncipe á fin que nada hubiese que se lo recordara. Una princesa mexicana, esposa suya, le faltó á la fidelidad conyugal, y tambien fué sentenciada á morir, y así se efectuó.

Pero esta severidad estaba compensada con el estrechado amor que tenia á los infelices, socorria diariamente por sí mismo á los huérfanos, enfermos y desgraciados; él mismo visitaba á los enfermos del hospital que estableció para los inutilizados en el servicio público, y desde su palacio observaba al pueblo, sin ser visto por nadie, empeñándose en mejorar la suerte de los infelices. En cuanto á sus conocimientos en las ciencias, no fueron menores que los de su ilustre padre; y en fin, como dice Clavigero, "Con él, puede decirse, que acabó la gloria de los Chichimecas."

REVOLUCIONES EN EL REINO DE ACOLHUACAN.

A la muerte de Netzahualpilli, creyó el consejo supremo de Acolhuacan que, á semejanza del de México, debía nombrar un rey principalmente cuando el anterior no lo hizo. Se convocaron, pues, todos sus miembros, y despues de sérias discusiones, sobre la importancia del asunto, eligieron todos á Cacamatzin, que ademas de ser el hijo primogénito de Netzahualpilli, tenia mayor prudencia y valor que los otros príncipes; pero al publicarse esta eleccion, Ixtlixochitl, jóven de diez y nueve años de edad, ambicioso,

emprendedor é hijo del difunto rey, se opuso á ella, alegando que este no habia muerto, pero sin ocultar que sus deseos eran que á él se le hubiese nombrado. Coanacotzin, el otro hijo de Netzahualpilli, estuvo conforme con el nombramiento y entró en disputa con Ixtlixochitl, pero este insistió en que á él debia darse el poder soberano. Mientras estos dos últimos príncipes iban á continuar sus alegatos ante la princesa Xocotzin, su madre, Cacamatzin, se fué á México con objeto de pouverse de acuerdo con Mochtezoma, quien conociendo la justicia de su causa le prometió auxiliarlo y protegerlo. Entretanto Ixtlixochitl sospechando esto último, se retiró con sus maestros á los montes de Meztitlan, desde donde se propuso hacer la guerra; manifestando á los pueblos, que los Mexicanos ambicionaban el reino de Acolhuacan, y que éste no estaba seguro con Cacamatzin, principalmente cuando ya se habia puesto bajo la tutela de Mochtezoma. Cacamatzin al saber la retirada de su enemigo, se dirigió á Texcoco, en union de Cuitlahuatzin, hermano de Mochtezoma, y de muchos miembros de la nobleza mexicana, quienes convocaron á los nobles de Texcoco en el palacio de los reyes de Acolhuacan, y presentaron á Cacamatzin para que fuera reconocido como sucesor de su padre Netzahualpilli, lo que se efectuó ciertamente, señalando el dia en que debia hacerse la solemne coronacion del nuevo soberano; pero esta fiesta no pudo celebrarse por que Ixtlixochitl, bajó de las montañas con un ejército que pasaba de cien mil hombres y puso en gran alarma á la corte de Texcoco, principalmente cuando se supo que habiéndose presentado en Otompan, y no queriéndolo reconocer como rey esta ciudad, habia derrotado á las

fuerzas que de ellas salieron con objeto de batirlo, pereciendo en el combate el gefe principal de las fuerzas reales. Ixtlixochitl se estableció en Otompan, y Cacamatzin; comprendiendo que mejor seria ceder parte de sus Estados, que envolver al reino en una guerra civil, mandó embajadores, de acuerdo con Coanacotzin, ofreciendo á Ixtlixochitl, dividir el reino entre ambos, lo que fué admitido por éste, manifestando que todo su objeto era libertar á Acolhuacan de la ambicion de los Mexicanos, y que por esto mismo conservaba su ejército. Varias veces se presentó con él cerca de México provocando á la guerra á los Mexicanos, y desafiando personalmente á Mochteusoma; pero no se hallaba éste ya en estado de batirse con él, y lo que consiguió fué dar algunas acciones de guerra á los Mexicanos, quienes unas veces fueron vencidos y otras vencedores. Mucho ayudó este príncipe á los españoles en sus guerras con los Mexicanos.

Tal era el estado en que se hallaba la tierra de Anáhuac, cuando los conquistadores españoles se presentaron por primera vez en el territorio mexicano. Hemos concluido la narracion de los sucesos pertenecientes á la época de que nos propusimos escribir, y en los dos capítulos siguientes, á fin de que se conozca mejor el antiguo imperio azteca, hablaremos sobre la mitología y sobre la organizacion política de aquel pueblo, nuestro antecesor.

CAPITULO VII.

MITOLOGIA MEXICANA.

—
DOGMAS.

La religion de los Aztecas no era sino un conjunto de errores y supersticiones muy semejantes á las de los griegos, romanos y demas naciones del antiguo mundo; pero comparadas atentamente las creencias religiosas de unos y otros, se nota que las de los habitantes de Anáhuac eran mas crueles aunque menos supersticiosas y ridículas: en el viejo mundo se multiplicaban las divinidades, porque se les concedia un poder muy limitado; atribuían á sus dioses crímenes atroces cometidos principalmente contra la decencia y la moral, y de aquí es que no hay uno de quien no se cuenten aventuras amorosas y acciones obscenas. Las divinidades mexicanas eran menos imperfectas y su culto, bastante inhumano, es verdad, pero en él nunca intervenian acciones torpes ó deshonestas.

Tenian los Mexicanos un ser supremo, *Deotl*, absoluto, independiente y sin figura corporal. Creían que existía tambien un espíritu maligno, enemigo del género humano. Para los Otomites el alma no era inmortal, sino que moria con el cuerpo; pero las demas naciones creian en la inmortalidad del alma, aunque extendian esta cualidad hasta la de los brutos. Habia, segun ellos, tres lugares destinados para las almas al separarse de los cuerpos. Las de los soldados muertos en campaña ó en poder del enemigo, y las de